

## ALBUM DE RETRATOS

MONTEAGUDO publica hoy, como expresión de recuerdo y homenaje a dos grandes murcianos desaparecidos, una semblanza de Juan Guerrero Ruiz publicada en 1948, en edición limitada, por Luis Garay. De esta manera, con la reproducción de tan bellas páginas del que fué muy querido colaborador y amigo de MONTEAGUDO, queremos expresar el dolor que la pérdida de dos hombres admirables y ejemplares ha causado en el arte y las letras de Murcia. Al recuerdo del extraordinario, cordial y delicado Juan Guerrero Ruiz, se une, en las líneas que siguen y en nuestra intención, el del gran pintor y escritor Luis Garay, tan unido siempre a la Cátedra «Saavedra Fajardo» y a todo lo que en Murcia significara actividad artística y espiritual.

### JUAN GUERRERO RUIZ (Tres épocas)

PRIMERA  
1915-1920

**U**NA calle murciana, calle de las Balsas. Un estudio de pintores, calle de Riquelme, y la calle de la Platería.

Juan Guerrero viste de negro sin ser luto. Barba muy cuidada, copiosa ya a los dieciocho años, también negra. Blanca la camisa impecable, blanco el pañuelo colocado en el bolsillo superior junto a la solapa y blanca también la dentadura perfecta.

Sonrisa simpática, sonrisa leal en el rostro moreno de moro amigo. Ademán suave. Pausado, como un árabe exquisito.



Ño habla, susurra. Jamás polemiza, advierte, y cuando discrepa, su réplica tiene también tono de advertencia.

Va repasando un libro de cubiertas amarillas, no se distingue título ni autor, lo suponemos y nos felicitamos de nuestro acierto.

Lee con sentido sencillo y cadencioso:

*Ya están ahí las carretas...  
Lo han dicho el pinar y el viento,*

A su lado está Andrés Sobejano, buen poeta. Viste como Guerrero, de negro, sin significado de luto. Barbado también, no barbudo, menos redonda la barba y más próxima a la de Juan Ramón Jiménez.

Completa el grupo otro amigo escritor, José Ballester. Rostro de joven príncipe; viste de oscuro, no negro. La melena del Príncipe de Viana, quizá la del Duque de Gandía, posiblemente la de los trovadores medievales, completaría bien su fisonomía distinguida mejor que el peinado liso y sencillo. Bigote que recuerda a Edmundo Rostand. Escucha atento —todo él es correcta atención— la lectura de Guerrero. Ahora es otro libro:

*La marquesa Eulalia risas y desvíos  
daba a un tiempo mismo para dos rivales,*

En un rincón del fondo del estudio se enmaraña una discusión de los pintores. Entre la algarabía se coligen y escuchan fragmentos y palabras: Zuloaga... Gregorio el botero. Ibsen. ¡Imbécil! Romance de lobos... Don Antonio Meseguer.

Planes cubre el busto de «Murta» que está modelando. Es imposible trabajar.

SEGUNDA

1920-1930

Murcia. Balcón de la calle de Saavedra Fajardo. Persianas. Luz amortiguada y alegre. Amplio despacho, mesa de escritor, cuadros y biblioteca.



Gaya, benjamín de la Pintura abstracta. Flores, arrebatado, tumultuoso y pasional pintor del paisaje. Garay, pintor humilde de la luz sencilla y la densidad popular. Bonafé, buen intérprete de los grises finos y la acuarela normal. Cristóbal Hall, maravilloso artista, amigo entrañable del grupo desde 1927, año de «Verso y Prosa», el Boletín de la Joven Literatura fundado por Jorge Guillén y Juan Guerrero.

Ginesa, señora de la casa, señora de auténtico señorío, rostro de imagen de Salzillo pintado por el Tintoreto con los grises expertos de la «Dama Veneciana». Eleva la frente como la Dolorosa de Murcia. Los ojos absorben la luz con la humedad vidriada de los santos del Greco.

Al lado, Fuensanta. Un mechón del cabello sobre la frente y el mohín de burla y gracia de un diente torcido.

María Remedios, niña también. Posa inmóvil. Sus facciones tienen recuerdos de Salzillo.

Juan Arturo, niño de Donatello. Sonríe con los ojos verdosos, con la boca, con la barbilla. Sonríe siempre, sonríc todo él; y en el fondo, sostenida en los brazos del ama, María Isabel, la niña menor. Entrecejo profundo y ojos penetrantes, pestañas de abanico y retrato de Goya.

Juan Guerrero de pie, menos árabe que cuando usaba barba. Traje bien cortado. Planchada la camisa. Algo de médico español entre 1910 a 1920. Médico distinguido, no médico especializado, sino de medicina general.

Las manos velludas, limpias y cuidadas, son las que confunden y despistan, las que le acusan de médico sin serlo; como a Juan Ramón Jiménez, gran clínico de la belleza, le acusan las suyas con inconfundible propiedad de escritor exquisito.

En algunos médicos he visto esta clase de manos de Juan Guerrero y siempre su inclinación al margen de lo profesional ha sido la Poesía o el Arte.

Las manos son un buen dato psicológico en el ser humano, y si el enfermo es inteligente, las manos del médico le producirán confianza o recelo y si el observador es sutil, reconocerá sin vacilación al Poeta en las manos del Andaluz Universal.



## ENTRE DOS EPOCAS

### PARÉNTESIS

1930-1940

Entre estos años, Juan Guerrero conquista el afecto de una ciudad que con Murcia y Madrid completa el fondo de sus panoramas: Alicante. Y abierto un nuevo Consulado, frente a la luz clarísima del puerto exponen sus cuadros en el Ateneo alicantino los pintores murcianos Luis Garray, Ramón Gaya. Entre ambas exposiciones recita el inolvidable Miguel Hernández sus primeras poesías, y Luis Cernuda lee unas páginas sobre Gustavo Adolfo Bécquer. Un día que D. Miguel de Unamuno visita la ciudad, nace en casa de Juan Guerrero el último hijo, Julito. D. Miguel le felicita al saberlo: «Usted como yo, es un proletario, ya que tiene seis hijos; no olvidemos que proletario viene de prole. Sea enhorabuena». Aquel niño maravilloso solamente alegra el hogar hasta los siete años no cumplidos en que sus padres lo pierden una noche de guerra y muerte en 1938. Medio año después, Juan Guerrero y los suyos se reintegran a Madrid definitivamente.

### TERCERA

Después de 1940

También fondo de habitación. Diferente la luz. Quizá fuese hecho en Madrid hacia mil novecientos cuarenta y cinco a mil novecientos cuarenta y ocho, cuando vivió en la calle de Hermosilla.

Aquí Guerrero aparece sentado. Calva inmensa, recortado el bigote, miopía y gafas. Es ahora cuando es «redondo aunque adelgace», como en el retrato que le escribió Ramón Gaya.

La estancia bien entonada, revela profunda admiración a Juan Ramón Jiménez: el retrato pintado por Sorolla en la juventud de Moguer; posiblemente la obra más lírica y sensible —sin plástica— que Sorolla haya pintado sea este retrato de blancos jugosos y amarillos alegres. El poeta tiene la barba nazarena, moreno-violeta el rostro y la mirada negro marfil de los ojos árabes. Un dibujo con la mandíbula terrible y sensual



del poeta, hecho por Vázquez Díaz en 1915. En la vitrina, libros y publicaciones de Juan Ramón. En la penumbra se presiente al Poeta y cuando se abre una puerta esperamos que aparezca por ella de un momento a otro.

Llega León Sánchez Cuesta, habla de libros y pregunta por el amigo ausente mientras Garay pinta una copia del retrato que hizo D. Joaquín Sorolla.

Juan Guerrero ya no es «Cónsul de la Poesía Española» como le tituló Federico García Lorca. Ahora desempeña la Embajada general de las Letras y la Pintura. En su departamento, el servicio es perpetuo. No hay horas de visita, no hay necesidad de solicitar turno. El pintor, el poeta, y el amigo son recibidos inmediatamente.

Juan Guerrero vive de prisa; le obligan sus ocupaciones personales y el trabajo de su Embajada, pero tiene tiempo para atenderlo todo, todo lo que sea intelectual, todo lo que sea amistad o espíritu. La varia obligación que le impone su *cargo* le ha dotado de simultaneidad, y a un mismo tiempo sostiene una conversación, lee un libro, mira un cuadro y escribe a un amigo.

Pero este Juan Guerrero, múltiple de sus ocupaciones, tiene en su profundidad espiritual otro Juan Guerrero: lento, mudéjar de elegante indolencia, sensible, sin prisa, paladeando con deleite y sin gula los manjares espirituales más finos. Sus platos favoritos son: el plenilunio, los árbolitos y los celajes malva.

Por la calle va oteando al pasar en todas las verjas de los jardines, y sabe disparar con acierto su escopeta de salón, haciendo siempre diana en la rama exótica, en el rosal fragante o en la flor sencilla. Así es en la calle. En casa nunca deja de ser pródigo en atenciones. Su inspiración nunca le falla. Conoce o presiente las predilecciones literarias del visitante o del amigo y sabe poner con acierto su colofón a la despedida con el obsequio de un libro escogido.

No hemos mencionado su archivo, pero hemos de recomendar que nadie trate de investigar en él porque hallaría el dato más extraño y olvidado de su propia vida o el más desconocido de su personalidad. Jorge Guillén dijo: «Yo le escribía a Juan Guerrero, pero ignoraba que le estaba escribiendo a la posteridad».

\* \* \*



Este Juan Guerrero Ruiz escritor, cuyo retrato conocimos en la calle de la Platería de Murcia recién doctorado en leyes, junto a Ballester y Sobejano, con barba profunda ya a los dieciocho años, primer amigo de Juan Ramón Jiménez, con alma de finísimo poeta, ha sido durante treinta y cinco o cuarenta años—y seguirá siéndolo sin interrupción—amigo insustituible de las Letras y de la Pintura. Todos le queremos muy mercedamente, todos le debemos mucho.

Murcia. En el verano de 1948.

